

## EL ELECTROBARDO DE TRURL

*E*l *Electrobardo de Trurl* es uno más (aunque no del todo) de los imaginativos, dimensionados y divertidísimos relatos del libro *Ciberiada*, del físico y escritor Stanislaw Lem, autor de obras maestras como *Solaris*, *Congreso de Futurología*, *La voz de su amo*, *Edén* o *Fiasco*, obras que perduran en lo inconsciente colectivo con el paso de las generaciones.

Dos constructores universales, Trurl y Clapaucio, viajan por el universo resolviendo cuitas filosóficas, mejorando la imagen pública de un dictador ante sus súbditos descontentos o, llanamente, aplicando el método científico a cuantas realidades se les presentan en el multiverso.

La mirada (aparentemente) desinteresada de Trurl, un receso inesperado en el devenir del libro en el que se comporta como un acaparador algo materialista, concibe un plan maestro: construir un vate cibernético que sonroje con su quehacer literario a todos los poetas encumbrados, por quienes Trurl —como buen racionalista— siente cierta animadversión.

Ante la sardónica mirada de Clapaucio, Trurl se esfuerza por conferirle vida creativa a un amasijo de cables y metal cuyos primeros chapurreos líricos son la consecuencia de una concepción matemática de la literatura y del arte: amasar todos los grandes poemas, multiplicar por mil las combinaciones de vocablos, conjugar nombres y adjetivos con precisión matemática, debe producir, por fuerza racional, una gran obra literaria.

Pero no es así. Trurl, corrido por las severas críticas ante la desmesurada verborrea diarreaica de la máquina, arranca los circuitos lógico-matemáticos y prueba con otros: los de la historia del multiverso que se remonta a sus mismos orígenes y multiplicidades.

Introducidos los conocimientos adquiridos durante miles de millones de generaciones en religión, filosofía, arte, semántica, los filtros antigrafómanos (entendemos que antiplagio), la historia o la política, la máquina mejora sus rendimientos, pero los despectivos rivales no dudan en calificarlos de engreídos y barrocos.

Trurl recurre a un último intento, después de propinar algunas patadas a la máquina, agregar circuitos de índole psicológica, que Lem llama «egocentrizadores de acoplamiento narcisista».

Ahora la máquina expelle vocablos referentes a su autoestima y ego heridos, sensibilizada ante las críticas de las que es objeto con cada intentona: se queja de que «le duele el tercer piso», de que «todos los vivos son unos villanos», «lo único que quiero es morir sola y que me recuerden cuando no esté aquí».

En este momento nace el vate que Trurl andaba buscando. La máquina, cuando es desahuciada y abandonada por Trurl, toma conciencia y se pone a crear: pero lo hace en soledad, lejos de las presiones de los poetas humanos envidiosos y su pomposo y egocéntrico creador.

Lo primero que llama poderosamente la atención (y que es una constante en la obra magistral de este genio de las letras) es la propuesta de construcción de una máquina que suple la capacidad creativa humana.

¿Es necesario esto? ¿No es capaz el ser humano de crear por sí mismo esa máquina? En el contexto del relato sí lo es, porque la avaricia y la mala baba de Trurl no quiere dejar pasar la ocasión de humillar a los poetas. Propio de una mentalidad racionalista, como dije antes, tan lúcida como para ingeniar un vate cibernético, pero tan perezosa como para creer en sí mismo como vate y proyectar el esfuerzo necesario.

¿Por qué en la recopilación de información Trurl se remonta a los orígenes del universo cuando lo que quiere, llanamente, es clonar la capacidad creativa humana? Hubiera bastado con retrotraerse dieciséis mil años en lugar de trece mil setecientos millones. Las analogías entre la creación del universo y la construcción de la máquina creadora de poesía nos llevan a un camino que transitaron Giordano Bruno, Kant o Stephen Hawking: el del solipsismo, la forma más radical del subjetivismo humano.

El universo existe en la medida en que el ego humano lo reconoce, ya que, como decía Bruno, la imaginación es la fuente misma del pensamiento, luego la creación de imágenes crea y antecede a la razón. El acto imaginativo de Trurl genera una conciencia que a su vez ilumina nuestro mundo en otra forma, la de la poesía: Lem sabe que la potencial expansión neuronal estallando en sinapsis informativas o emocionales es tan infinita como el número de estrellas de nuestra galaxia, si contamos las conexiones potenciales, quizá del universo (La Vía Láctea cuenta con unos trescientos mil millones de estrellas y nuestro cerebro con unos trescientos mil millones de neuronas activas), que parece funcionar de manera similar a como lo hace nuestro cerebro.

La segunda clave, que sitúa a Lem al nivel de los Flaubert, Virginia Woolf o Lev Tolstoi, es lo que nos está diciendo del arte y la literatura. Ninguno de los ardides de Trurl sirve para crear el poema, porque la literatura tiene su propia ética, una ética distinta a la de la ciencia, la psicología, la filosofía, o la religión, temas recurrentes y estupendamente tratados en todos sus libros.

Como siempre ha defendido Milan Kundera, la literatura es el terreno de las paradojas terminales de la existencia, un campo que ni la psicología, ni la política, ni la historia, la teología o la matemática, aunque se traten literariamente, pueden cubrir, puesto que la literatura no busca proporcionar respuestas jamás y el racionalismo que ofusca a Trurl no es sino una más de las ideologías humanas, basada en la razón, sí, pero inane creativamente hablando.

El autómata creado por Trurl no solo crea autónomamente una vez ha asimilado que es el ego asumido, fortalecido y proyectado lo que convierte al escritor en escritor, va más allá de lo que su creador sería capaz de ir nunca, obliterado por su ideología.

Estamos hablando (o Lem está hablando) de la creación de vida cibernética. El *Juego de la vida*, creado por el matemático John Conway, es un conjunto de leyes que rigen un universo bidimensional. Es un universo determinista: una vez que se empieza las leyes determinan qué ocurrirá en el futuro.

Es largo de explicar (y siempre se entenderá mejor en el libro de Conway o en los de Hawking y Mlodinow, magníficamente ilustrados), pero resumiendo: Conway y sus alumnos crearon este juego para saber si un universo con reglas fundamentales sencillas podía contener objetos suficientemente complejos para replicarse.

*¿Existen objetos compuestos que siguiendo esas leyes durante generaciones den lugar a otros objetos de su mismo tipo?*

No solo demostraron que así es, sino que además, tiemblen los fan de *Matrix*, *Nivel 13* y *Terminator*, crearon objetos inteligentes.

Mostraron que los enormes conglomerados de cuadrados que se autorreplicaron son máquinas de Turing universales. Algunas generaciones después de suministrar ciertos *inputs*, la máquina se halla en un estado que puede leerse como *output* al resultado de dicho cálculo. Increíble, y sin embargo creíble.

Poco más se puede decir de un coloso de las letras al que celebraron con entusiasmo Ernesto Sábato, Philip K. Dick o Cortázar.

Stanislav Lem ha sido uno de los autores con más talento del siglo XX y libros como *El invencible*, *Retorno de la estrellas* o *Relatos del piloto Pirx* se cuentan entre las obras de arte con dimensiones narrativas que trascienden géneros y estilos, susurrándole al lector avezado al oído: «Cuidado, las cosas no son tan literales como las estás leyendo ahora mismo».

**RUBÉN MUÑOZ HERRANZ**



Narrativa y gramática on line  
[www.electrobardo.com](http://www.electrobardo.com)



Valer de narrativa  
**El Electrobardo**